

pornografía. Ceder a la presión ambiental —¿a la demanda del libre mercado?— parece más bien convencionalismo que no coraje de ninguna especie.

Si se trataba de abarcar la dimensión sexual del ser humano, se lo debió hacer con responsabilidad moral —con fidelidad a las leyes profundas del *eros* y no con esa simple mentalidad juguetona de quien se imagina derribar prejuicios gregarios o burgueses en nombre de una supuesta emancipación, cuando en el fondo está erosionando los fundamentos mismos de la sexualidad, en la dirección de una desilusionante frivolidad intelectual. Cabía esperar más de Mario Vargas Llosa, que por esta vez se ha mostrado sólo como un hábil pornógrafo de ocasión.

IGNACIO VALENTE

<https://doi.org/10.29393/At458-18ULIV10018>

ULTRAOHTUMBA

De *Carlos Morand*

Ediciones Logos, Santiago, 1988. 330 pp.

Carlos Morand se aparta del trayecto típico del narrador chileno que, habiendo conseguido un éxito señalado en su segundo o tercer libro, se dedica a dormir en sus laureles. Por el contrario, el autor de *UltraOhtumba* —su séptima novela— ha hecho del cultivo de su talento una “larga paciencia”; sin haber marcado nunca una altura espectacular, que quizá él mismo ya no espera, ha acumulado sin tregua, de libro en libro, una lenta y creciente habilidad narrativa. Por otra parte, yo siempre he celebrado en él la buena administración de sus recursos: el proponerse sólo las empresas narrativas que están dentro de sus capacidades. Por decirlo con las categorías de Max Scheler, su experiencia del mundo abarca más los valores de la cultura que los valores vitales: más el ámbito académico del hombre de letras que la intemperie de la vida primordial. Así, este nuevo relato retoma el hilo de su cuarta novela, *Ohtumba*: la odisea del profesor chileno que enseña literatura en una universidad norteamericana de provincia —la que da su nombre al libro—, las vicisitudes docentes del académico, sus desventuras amorosas, su obsesiva investigación sobre la deserción de Rimbaud como poeta.

UltraOhtumba juega con el evidente arquetipo —ultratumba— a la vez que presenta al mismo protagonista, narrador en primera persona, ya de regreso en Santiago de Chile, pero esta vez casado con una norteamericana de Ohtumba, a la que sobreprotege en su embarazo, con la cual no se entiende bien, y cuya adaptación al nuevo país resulta problemática. De las viejas intrigas académicas en la universidad norteamericana, el profesor Marcelo Belmar ha pasado fatalmente a las nuevas intrigas en la universidad criolla, tejiendo unas trágicas variaciones sobre el tópico de la independencia del intelectual y el peligro siempre vigente de sus compromisos y componendas, en este caso más académicas que políticas. Los problemáticos devaneos eróticos del profesor se reanudan en la ambigua relación con una alumna en torno a la interpretación de *La Celestina*, materia de clase que excede lo pedagógico en dirección a lo prohibido. Más allá

del mundo de las letras, la región de los valores vitales que mejor se da al autor es indudablemente lo erótico, si bien su abordaje es escasamente pasional y se contagia de cierta frialdad analítica, tanto en el transcurso de los malentendidos conyugales como de la relación literario-afectiva con la mejor alumna del curso, la única para la cual da sus clases el solitario profesor, rodeado como está por el tedio abrumador de los estudiantes de letras.

A lo académico y a lo erótico se une el tercer hilo argumental de la novela, la relación conflictiva de Marcelo Belmar con su padre dominante. El hijo intelectual de familia burguesa protagoniza una historia de fatales desencuentros con su progenitor. Sin embargo, el elemento más original de la trama es todavía otro: la irrupción de ciertos predicadores errantes que vacilan entre la locura y la sabiduría, ejerciendo una oscura fascinación sobre Marcelo, que no es el único en sentirlo: la predicación del Nirvana —“cruzar el muro” de las futilidades de la vida diaria— hace estragos entre los profesores de la Facultad. Por las páginas de la novela irrumpen la famosa sentencia de Pascal: toda la desgracia de los hombres proviene de no saber estarse quietos en una habitación.

Este factor casi místico toma en la novela la forma del seguimiento, por parte de Marcelo, de la misteriosa pista de un viejo profesor que parece haber ya cruzado el muro. La ambigüedad entre la locura y la sabiduría de tales casos es permanente, y no se disipa nunca hasta la última página. Así, un aspecto esotérico de suspenso casi policial viene a enriquecer lo gastado del ambiente académico convencional en que transcurre la novela.

Las habilidades de Carlos Morand en este relato tienen una visible continuidad con sus obras anteriores: la rapidez del montaje narrativo, compuesto por episodios breves y esenciales, donde nada sobra; el sondeo de los claroscuros de la conciencia, asediada por viejos fantasmas, que suelen tomar la forma de acertijos presentes o enigmas como de la Esfinge; y sobre todo el ingenio brillante de los diálogos, fuerza capital en una novela donde los caracteres se definen todos en forma dramática, es decir, a través de sus parlamentos.

Hay algo, sin embargo, que no termina de marchar en *UltraOhtumba*, y que se relaciona con su protagonista y narrador. Hay en Marcelo Belmar una mezcla de frialdad apática y de instinto de autodestrucción. A pesar de narrar su propia vida en primera persona, nada confesional se desprende de su relato: ninguna calidez desprende su personalidad. Ciertamente debemos aceptar al protagonista tal como es, sin medirlo por ningún metro psicológico externo. Con todo, hay algo inequívocamente distante en ese ser aburrido de fondo, por más que en la superficie del relato derroche ingenio su conversación. Es curioso: Marcelo Belmar no consigue nunca hacerse interesante para el lector, como si una pesada neutralidad cayera sobre sus penas y alegrías, a la postre indiferentes. No parece que, por otra parte, se lo haya planeado así: más bien así le salió al autor, ni amable ni odioso, siempre lejano incluso en la revelación narrativa de su intimidad: un ser cuyas peripecias —académicas, familiares, amatorias, esotéricas— no nos dan frío ni calor: no producen identificación.

En suma, el autor de esta novela es el mismo Carlos Morand de *Ohtumba* y de sus relatos anteriores; ni mejor ni peor. No peor, porque ha ganado sin cesar un oficio

narrativo. No mejor, porque hoy como ayer hay una barrera que el novelista no ha conseguido superar, y que nos evoca el célebre principio literario de Ibsen: los personajes brotan del corazón de su propio autor. En este caso brotan todos, no obstante la lucidez de Morand, sin el amor suficiente del demiurgo por sus propias criaturas. El humor es aquí una forma de distancia no contrapesada por la suficiente calidez humana en el proceso creador de la paternidad de un novelista al que, por otra parte, sobran talentos narrativos.

IGNACIO VALENTE

DESANDAR LO ANDADO

De *Manuel Silva Acevedo*

Poemas. Ediciones Cordillera, Ottawa y Santiago, 1988.

Debo retroceder bastante en la memoria para recordar —fuera de los nombres ya consagrados— una obra poética de la intensidad y fuerza que posee ésta de Manuel Silva Acevedo, *Desandar lo andado*. El volumen incluye dos excelentes libros anteriores, *Lobos y ovejas* y *Monte de Venus*. Se llama *Terrores diurnos* su parte nueva mayor, que ha alcanzado una notable madurez verbal, al mismo tiempo que su sentimiento dialéctico o agónico de la vida se ha depurado en imágenes de sorprendente horror.

Así ya los primeros versos: "Dormir cubierto de águilas./ Sentir el peligro en las sienes dormidas/ como un fuego de alarma./ Mis ansias desmayadas duermen en el valle./ Más abajo, donde ruedan los astros en desastre...". Bien es verdad que el resto del poema, más débil, no se mantiene en la misma perturbadora altura, pero la señal ya ha sido dada al lector despierto. Otro tanto ocurre con el inicio del segundo poema, que también se dispersa después de esta decidora introducción: "Este soy yo, el antropoide./ Esta es la multitud de mis semejantes,/ un follaje agitado por la brisa radiactiva./ Estos son mis hermanos animales...". El tercer poema, *Fausto*, ya convence como un todo, y en él brilla el resplandor de Satanás: "Perdí el pelo, perdí dientes y muelas./ Se me cayeron las alas una por una./ Se me desprendieron todas las escamas./ Quedé ciego ojo por ojo./ Me desmembré a brazo partido./ Se vaciaron todos mis humores./ Me refugié en la última cuenca/ donde arde la lámpara votiva de Luzbel,/ luz más que bella".

Se notará en este texto una cierta vocación por explorar el dominio de lo monstruoso, en su representación más crudamente física, fisiológica. Este afán se enseñorea del poema siguiente, *Pareja humana*: "Al hombre le vuelan la cabeza./ El hombre en cuatro patas busca su testa./ La mujer llora por el hombre./ El hombre llora/ con su propia cabeza bajo el brazo./ La mujer y el hombre decapitado/ se abrazan, se palpan./ La mujer da de mamar a la cabeza/ de su compañero./ El cuerpo del hombre sin cabeza/ se agita como la cola de un lagarto./ La multitud vocifera delirante./ La mujer acuna la cabeza en su regazo./ La fusta del empresario silba amenazante./ La mujer y el hombre sin cabeza/ hacen una venia/ y la Luz los señala en el centro de la pista". Este último recurso, el